

El mito de Antígona recreado por Marechal en clave de honda poesía dramática y en un contexto bien particular: la pampa cuando aún era teatro de la lucha entre indios y blancos. La ambientación resulta un grandísimo acierto, ya que por un lado todos los elementos del mito griego encuentran naturalmente su lugar en ella, y por el otro, la historia adquiere un fuerte color local.



Leopoldo Marechal

**Antígona Vélez**

ePub r1.1

Ninguno 10.12.2019

Título original: Antígona Vélez

Leopoldo Marechal, 1950

Diseño de portada: Ninguno

Imagen de portada: *La pampa* (detalle), de Georg Miciu

Editor digital: Ninguno

ePub base r2.1



## **PERSONAJES**

ANTÍGONA VÉLEZ

CARMEN VÉLEZ

FACUNDO GALVÁN

RASTREADOR

VIEJO

CAPATAZ

VIEJA

SARGENTO

HOMBRE 1º

HOMBRE 2º

MUJER 1ª

MUJER 2ª

MUJER 3ª

MUJER 4ª

MOZA 1ª

MOZA 2ª

MOZA 3ª

BRUJA 1ª

BRUJA 2ª

BRUJA 3ª

CORO DE HOMBRES

CORO DE MUJERES

## CUADRO PRIMERO

Frontis de «La Postrera»; en lo alto de una loma: estilo colonial, de gruesas y bastas columnas. En el centro, gran puerta que deja ver un zaguán tenebroso a cuya derecha se abre la puerta del salón donde se velan los despojos mortales de Martín Vélez. La ventana derecha, es decir, la del salón, está iluminada por la luz temblante de los cirios. Atardecer pampa. Cuando se descorre la cortina, las mujeres están a la izquierda y los hombres a la derecha.

MUJER 1ª. —¡Hermano contra hermano!

MUJER 2ª. —¡Muertos los dos en la pelea!

MUJER 1ª. —¡Ignacio Vélez, el fiestero!

MUJER 2ª. —¡Y Martín Vélez, el que no hablaba!

(Un silencio).

MUJER 3ª. —¿Dónde los han puesto?

MUJER 2ª. (*Indicando la ventana con luz*). —Martín Vélez allá, tendido entre sus cuatro velas.

MUJER 3ª. —¿Y el otro?

MUJER 1ª. —No se puede hablar del Otro.

MUJER 3ª. —¿Por qué no?

MUJER 1ª. —Está prohibido. (*Un silencio*).

LA VIEJA. —Martín Vélez recibió una hermosa lanzada.

MUJER 2ª. —Vieja, ¿cómo lo sabe?

LA VIEJA. —Yo mismo lavé su costado roto. Con vinagre puro, naturalmente. La lanza del indio le había dejado en la herida una pluma de flamenco.

CORO DE MUJERES. (*Se santiguan*). —¡Cristo!

LA VIEJA. —Eso pensaba yo: como Cristo Jesús, Martín Vélez tiene una buena lanzada en el costado. En fin, ahora está mejor que nosotros.

MUJER 3ª. (*Indicando la ventana con luz*). —¿Allá?

LA VIEJA. (*Que asiente*). —Sobre una mesa de pino, envuelto en una sábana limpia.

MUJER 3ª. —¿Y el otro muerto?

MUJER 2ª. —Nadie lo sabe.

MUJER 3ª. —¿Está en la casa?

MUJER 2ª. —No lo hemos preguntado.

MUJER 3ª. —¡Yo le preguntaría!

MUJER 1ª. —Dicen que no se puede hablar del otro muerto.

(Habla el Coro de Hombres. El de Mujeres escucha y se aproxima, con gesticulaciones y movimientos de coro antiguo, según el interés de lo que va escuchando).

HOMBRE 1º. (*Jovial*). —¡Ignacio Vélez! Lo llamaban «el fiestero».

HOMBRE 2º. (*Grave*). —Esta noche Ignacio Vélez también andará de fiesta.

HOMBRE 1º. —¡Pero él solo!

HOMBRE 2º. —Él solo, y los pájaros carniceros.

HOMBRE 1º. —Ignacio Vélez pondrá su costillar tendido.

HOMBRE 2º. —Y los caranchos el pico y la garra.

VIEJO. —¿Dónde lo pusieron?

HOMBRE 2º. —¿A Ignacio Vélez? Lo habíamos encontrado en el lugar de la pelea, entre una carnicería de pampas muertos. Entonces lo enlazamos de los pies y lo trajimos al galope, arrastrándolo sobre la polvareda. Lo dejamos allá, en la costa de la laguna, desnudo como estaba.

VIEJO. —¿Muerto?

HOMBRE 2º. —Lucía en la frente un balazo como una estrella. (*El Coro de Mujeres está retrocediendo con espanto*).

HOMBRE 1º. —No, a Ignacio Vélez no ha de faltarle su velorio esta noche.

HOMBRE 2º. —Los invitados de pico y garra ya se venían por el aire, al olor de Ignacio Vélez y de su carne difunta. El primero se le asentó en la cara y le reventó los ojos a picotazos. (*Un silencio*).

VIEJO. (*Pensativo*). —Oigan, hombres. Yo soy tan viejo como esta pampa y tan duro como ella: he visto mucha injusticia, y siempre dije amén. Pero lo de esta casa no me gusta.

HOMBRE 2º. —¿Qué cosa, viejo?

VIEJO. —Que un hermano esté aquí, entre sus cuatro velas honradas, y el otro afuera, tirado en el suelo como una basura. Leyes hay que nadie ha escrito en el papel, y que sin embargo mandan.

HOMBRE 1º. —Así ha de ser. Pero Ignacio Vélez no tendrá sobre los huesos ni un puñado de tierra.

VIEJO. —¿Quién lo ha ordenado así?

HOMBRE 1º. —Don Facundo Galván.

VIEJO. —Señor, ¿por qué?

HOMBRE 1º. —Ignacio Vélez era un mozo de avería, fantástico y revuelto de corazón. Se pasó a los indios, ¡él, un cristiano de sangre!

HOMBRE 2º. —¡Y ha regresado anoche con este malón! Ha muerto peleando contra su gente.

HOMBRE 1º. —Ignacio Vélez quería regresar como dueño a esta casa, y a este pedazo de tierra y a sus diez mil novillos colocados.

VIEJO. —¡Era lo suyo!

HOMBRE 1º. —¿Y quién se lo negaba? Suyo y de sus hermanos. «Esta tierra es y será de los Vélez, aunque se caiga el Cielo», así ha dicho siempre Don Facundo Galván. ¿Es así, hombres?

CORO DE HOMBRES. —Así lo ha dicho.

HOMBRE 2º. —Don Facundo es un hombre como de acero. Él ha defendido a «La Postrera» desde que murió su dueño, aquel Don Luis Vélez que sólo montaba caballos redomones.

VIEJO. —Luis Vélez: yo lo conocí. Murió sableando a los infieles en la costa del Salado.

HOMBRE 2º. —Y Don Facundo Galván se quedó en esta loma, con los hijos de Don Luis, que todavía jugaban. Su consigna fue la de agarrarse a este montón de pampa y de novillos, hasta que Ignacio y Martín Vélez

pudieran manejar un sable contra la chusma del sur y un arado contra la tierra sin espigas.

HOMBRE 1º. —Recuerdo su amenaza: «Los enemigos de “La Postrera” son mis enemigos».

HOMBRE 2º. —Martín Vélez cayó defendiendo a «La Postrera».

HOMBRE 1º. —Por eso está él aquí, entre sus candeleras de plata.

HOMBRE 2º. —Ignacio Vélez desertó, y ha vuelto como enemigo.

HOMBRE 1º. —Por eso está solo y desnudo, allá, en el agua podrida.

MUJER 1ª. (*Con pesar, a los Hombres*). —¿Nadie le cavará una sepultura junto al agua?

HOMBRE 1º. —Está prohibido enterrar a Ignacio Vélez.

MUJER 2ª. —¿No tendrá ni una cruz en su cabecera de barro? ¿Ni dos ramitas de sauce cruzadas en el pecho?

HOMBRE 1º. —¿Y quién se las llevaría? No se puede salir de la casa: los infieles han rodeado la loma.

HOMBRE 2º. —Los pampas no encenderán fuego esta noche: se comerán sus yeguas crudas. Pero estarán afuera, con el ojo abierto.

HOMBRE 1º. —Y al nacer el sol nos darán el asalto.

MUJER 1ª. —¿Y si fuera esta noche? Será de luna grande.

HOMBRE 1º. —Nosotros estaremos junto a los cañones.

MUJER 1ª. —Nosotras, junto al muerto. (*Al Coro de Mujeres*). Vamos a rezar por Martín Vélez.

MUJER 3ª. —¡Y por el Otro! De los labios adentro, las palabras no sufren ley: van donde quieren.

MUJER 2ª. (*Sombría*). —¡Las mías estarán con el otro muerto, en el barro y la noche!

(Lentamente, las Mujeres se dirigen a la casa y entran en el zaguán. Al mismo tiempo los Hombres hacen mutis por la derecha. Oscuridad total. Luego, redobles de truenos lejanos, y aparecen las tres Brujas iluminadas con un proyector en el centro de la escena. Contra lo convencional, serán tres mujeres jóvenes, espigadas y bellas a lo maligno: sus voces han de ser naturales, entre irónicas y proféticas).



BRUJA 1ª. (*Alargando sus manos a un fuego invisible*). —«¡Lindo fuego!», «¡Lindo fuego!», decía una vieja. ¡Y se le quemaba el rancho!

BRUJA 2ª. (*A la 1ª*). —¡Me da un airecito, comadre!

BRUJA 1ª. —¿Por dónde?

BRUJA 2ª. —Por el lado de montar, yo diría.

(Las dos Brujas ríen sonoramente).

(La 3ª gruñe, friolenta).

BRUJA 3ª. —¡No hay fuego esta noche!

BRUJA 1ª. (*A la 3ª*). —Comadre, ¿tiene frío?

BRUJA 3ª. —El que me calienta los pies está lejos. ¡Y no hay fogón!

BRUJA 2ª. —¿Quién lo dijo? Esta noche se ha de parecer a una gran olla tiznada, con un gran fuego debajo.

BRUJA 1ª. (*Intencionada*). —¿Y adentro qué se cocinará?

BRUJA 2ª. (*Con entusiasmo*). —¡Una maldad sabrosa! ¡Una maldad con hueso y todo!

BRUJA 1ª. —¿Quién te lo dijo?

BRUJA 2ª. —El sapo Juan. ¡Es muy cuentero! (*Risa de ambas*).

BRUJA 1ª. (*Súbitamente seria*). —¡Que Antígona Vélez no se duerma esta noche!

BRUJA 2ª. (*Ídem*). —¡Antígona Vélez no dormirá. Tiene su corazón afuera!

BRUJA 1ª. —¿Dónde?

BRUJA 2ª. —Junto a dos ojos reventados que miran la noche y no la ven.

BRUJA 3ª. (*Restregándose las manos*). —¡Hace frío, y Morrongo está lejos!

BRUJA 1ª. (*A la 3ª*). —Yo lo ataría con las tres plumas del gavián.

BRUJA 3ª. (*Doliente*). —Morrongo no quiere ser atado. ¡Le gusta salir de noche, a buscar la sangre fresca!

BRUJA 2ª. (*Fatídica*). —¡Ya encontrará la sangre!

BRUJA 1ª. (*Ídem*). —La encontrará, si es que Antígona Vélez trabaja esta noche.

BRUJA 2ª. —¡Trabajaré! ¡Trabajaré! Ella cavaré esta noche, lejos y hondo, hasta encontrar la vertiente de la sangre.

(Oscuridad total. Enseguida, luz en el escenario anterior, pero más atardecido. Entran por la izquierda las tres Mozas, y por la derecha Antígona y Carmen Vélez, las cuales se detienen en el foro para escuchar).

MOZA 1ª. (*Elegíaca*). —Martín Vélez era como un árbol; fuerte, derecho y mudo. Pero daba sombra.

MOZA 3ª. (*A la 1ª*). —¿Te quería?

MOZA 1ª. —Nunca me lo dijo.

MOZA 2ª. (*Vibrante*). —Ignacio Vélez era como la risa: ¡le bailaba en el cuerpo a una!

MOZA 3ª. (*A la 2ª*). —¿Te habló alguna vez de amores?

MOZA 2ª.—No.

MOZA 1ª. —Martín Vélez ahora está en el salón grande, tendido y sin voz.

MOZA 2ª. (*Con amargura*). —¡Ignacio Vélez está en la sombra de afuera y en el barro de nadie!

MOZA 3ª. —¡Dónde habrá quedado su risa!

MOZA 2ª. (*Firme*). —En el oído y en la sangre de quien la recuerda.

(Antígona se adelanta, seguida de Carmen, y enfrenta de pronto a las tres Mozas).

ANTÍGONA. (*Con imperio*). —¿Qué hacen aquí, muchachas?

LAS TRES MOZAS. (*En sobresaltos*). —¡Antígona!

ANTÍGONA. (*Indicando el salón*). —¡Debieran estar en el salón, cosidas a las polleras de sus madres! (*Irónica*). ¡Están rezando por el alma de Martín Vélez, el elegido! Dicen que la muerte es igual a una noche oscura; pero a Martín Vélez no le importa. Él tiene cuatro luces: dos en la cabecera y dos en los pies.

MOZA 1ª. (*En son de reproche*). —¡Antígona, era tu hermano!

ANTÍGONA. (*Prosigue, sin escuchar*). —La muerte no es limpia; yo he visto en la llanura su asquerosidad tremenda. Pero a Martín Vélez lo han lavado con agua de rosas y lo han envuelto en una sábana sin estrenar.

MOZA 1ª. —¡Era tu hermano, Antígona!

ANTÍGONA. (*En un grito*). —¡El Otro también lo era! ¿Y dónde me lo han puesto? (*Se le quiebra la voz*). El barro no es una sábana caliente.

MOZA 3ª. —Nada sabemos del Otro. Pero aquí hay uno, Antígona, que también es tu carne.

ANTÍGONA. (*A la Moza 3ª*). —Si tuvieras el corazón partido en dos mitades, y una estuviese aquí, entre ojos que la ven llorando, y la otra tirada en la noche que no sabe llorar, ¿qué harías, mujer? (*La Moza 3ª no responde, y Antígona insiste en un grito*). ¿Qué harías?

MOZA 2ª. —No sabemos dónde buscar a Ignacio Vélez.

ANTÍGONA. —¡Yo sí!

LAS TRES MOZAS. (*Avanzando un paso*). —¿Dónde lo han puesto?

ANTÍGONA. —¡No! ¡No! (*Tiende su mano al salón*). ¡Ustedes allá, junto a Martín Vélez! Hay luz en su cabecera y buen olor en sus manos.

LAS TRES MOZAS. (*Insisten*). —¡Antígona!

ANTÍGONA. (*En son de amenaza*). —¡He dicho que allá!

(Las tres Mozas, intimidadas, obedecen. Antígona las sigue con los ojos, hasta que desaparecen en el zaguán).

CARMEN. (*Hablará en una eterna quejumbre*). —¡Tengo miedo, Antígona! ¡La casa está muerta, pero lo demás no!

ANTÍGONA. —¿Lo demás?

CARMEN. —¡Hay en todas partes ojos que miran y orejas que andan escuchando! Parecería que la noche se negase a entrar y dormir.

ANTÍGONA. —No se niega. ¡Es que no puede! Hoy no dormiré la noche: anda con un remordimiento.

CARMEN. —Un remordimiento. ¿Cuál?

ANTÍGONA. —El de Ignacio Vélez, tirado en su negrura. Y la noche, ¿qué culpa tendría?

CARMEN. (*Aterrada*). —¡Más bajo! ¡Más bajo! ¡Está prohibido nombrar a Ignacio Vélez! ¡Y hay oídos abiertos en todas partes!

ANTÍGONA. —¡Era mi hermano y el tuyo! ¡Gritaría su nombre: lo tengo atravesado en el pecho! Si lo gritara, dormiríamos la noche y yo.

CARMEN. —Dicen que traicionó a su casa.

ANTÍGONA. —¡No lo sé ni me importa! Que lo digan los hombres, y estará bien dicho. Yo sólo sé que Ignacio Vélez ha muerto. ¡Y ante la muerte habla Dios, o nadie!

CARMEN. —¡Se fue con los, pampas, y nos ha traído este malón! Así dicen allá los hombres de cocina.

ANTÍGONA. —Ya tiene su castigo. ¡Y está bien! Lo que no está bien es que lo hayan tirado afuera, y que lo dejen solo en la noche, ofrecido a los pájaros que buscan la carne muerta. ¡Sus ojos, hermana! ¡Sus pobres ojos cavados!

CARMEN. (*Se oculta el rostro con las manos y grita*). —¡No!

ANTÍGONA. —¿Gritaste? Yo no gritaré. Los dos ojos vacíos de Ignacio Vélez no serán mañana una vergüenza del sol.

CARMEN. —¿Qué vergüenza?

ANTÍGONA. —La de la luz, que siempre vio esos ojos tan llenos de risa.

CARMEN. —¡Tengo miedo! ¡La casa está muerta, pero lo demás escucha!

ANTÍGONA. (*Sin oírla*). —¡Y sus manos! ¡Sus manos de esquilar ovejas y herrar novillos! ¡Sus manos de agarrarse a la crin de los potros y acariciar las trenzas de las muchachas! ¡Sus cinco dedos, que ahora se clavan en el barro frío! ¡No, la luz de otro amanecer no sabría cómo aguantar el dolor de aquellas manos tiradas en el suelo!

CARMEN. —¡Basta! ¡Basta!

ANTÍGONA. —¡Y sus pies, hechos a talonear caballos redomones y a levantar polvaredas en el zapateo del «triumfo»! ¡Sus pies helados en la noche, sus pies que ya no bailarían! ¿Te parece que no serían una vergüenza para los ojos que ayer los vieron pisar la tierra justa? Yo te aseguro que ni la luz de Dios ni el ojo del hombre verán mañana esa derrota de Ignacio Vélez.

CARMEN. —¿Y qué podrás hacer, Antígona?

ANTÍGONA. —La tierra lo esconde todo. Por eso Dios manda enterrar a los muertos, para que la tierra cubra y disimule tanta pena.

CARMEN. —¡Está prohibido enterrar a Ignacio Vélez!

ANTÍGONA. —Lo sé. Pero yo conozco una ley más vieja.

CARMEN. —¡Tengo miedo, Antígona!

ANTÍGONA. —¿De qué?

CARMEN. —¡De lo que puedas andar tramando!

(Antígona, se encoge de hombros, y hace mutis lento por la izquierda, seguida de Carmen que se persigna temerosamente.

Oscuridad total. Luego las tres Brujas en Primer plano y centro de la escena. Se oyen lejanos galopes y relinchos de caballos).

BRUJA 1ª. —¡Antígona está despierta!

BRUJA 2ª. —¡Y la noche también!

BRUJA 1ª. —¿Quién dormiría en esta llanura, con un muerto sin tapar?

BRUJA 2ª. (*Ríe*). —¡Yo no!

BRUJA 3ª. (*Ríe*). —¡Yo no!

BRUJA 1ª. —¡Es demasiado hermoso, para dormir!

BRUJA 2ª. (*Enigmática*). —Al pie del cuarto sauce hay una pala.

BRUJA 3ª. —Si alguien la viera, no pensaría gran cosa.

BRUJA 1ª. (*También en enigma*). —Esta noche alguien perderá un carretel de hilo negro.

BRUJA 2ª. —¡Y alguien lo encontrará!

BRUJA 3ª. —¿Qué haría un muerto con un carretel de hilo?

BRUJA 2ª. —Nada.

BRUJA 1ª. —Pero Antígona Vélez está despierta.

TELÓN

## CUADRO SEGUNDO

Explanada en la loma: tierra y cielo desnudos. En el centro, un cañón sobre su cureña. Noche cerrada. Entran por la izquierda Facundo Galván, peones armados y el Capataz que hace de corifeo. Traen faroles.

DON FACUNDO. —¿Las puertas?

CAPATAZ. —Están aseguradas.

DON FACUNDO. —¿Y los cañones?

CAPATAZ. —Listos.

DON FACUNDO. —¿Vieron algo, afuera?

CAPATAZ. —No, señor. Los pampas no encenderán fuego esta noche: presentarían mucho blanco.

DON FACUNDO. —¿No han oído algún movimiento de caballada en la noche?

CAPATAZ. —Tampoco. Ellos no han de moverse hasta el amanecer. Entonces caerán sobre la loma. (*Un silencio.* ).

DON FACUNDO. —¿Y dentro de la casa?

CAPATAZ. —Están rezando allá por el difunto Martín Vélez. (*Todos los hombres se descubren* ).

DON FACUNDO. —Hombres, mañana cavarán una tumba para Martín Vélez.

CAPATAZ. —¿Dónde, señor?

DON FACUNDO. —Aquí, junto a la casa que defendió. Enterrar a Martín Vélez es como plantar una buena semilla. (*Se oye a lo lejos, en la noche, la algarabía de las aves carniceras. Los peones inclinan sus frentes*).

CAPATAZ. —Es allá, en la cañada: el otro muerto, con sus pájaros alrededor.

PEONES. —Con sus pájaros mordedores. ¡Ignacio Vélez!

DON FACUNDO. (*Violento*). —Dije que ni su nombre puede volver a la casa que traicionó. ¿Entienden?

PEONES. —Sí, es lo dicho.

DON FACUNDO. (*Tras un silencio tenso*). —¿Se dice algo del Otro?

CAPATAZ. —Señor, las mujeres hablan.

DON FACUNDO. —¿De qué?

CAPATAZ. (*Molesto*). —Hablan de un muerto con luz y de otro a oscuras.

DON FACUNDO. —¿Y Antígona?

CAPATAZ. —No ha querido entrar en el salón. Anda por afuera, mirando la oscuridad y poniendo su oído en la noche.

DON FACUNDO. —¿Nada más?

CAPATAZ. —Antígona Vélez ha dejado caer una palabra y otra.

DON FACUNDO. —¿Qué dice?

CAPATAZ. —Que la mitad de su corazón está perdida en el barro.

DON FACUNDO. —¡Bien sé yo dónde anda su corazón mañero! ¿Lo del Otro le duele? ¡A mí también! ¿O de qué madera estaría yo hecho? Este pedazo de tierra se ablanda con sangre y llanto. ¡Que las mujeres lloren! Nosotros ponemos la sangre. (*Al Coro*). ¿No es así, hombres?

CAPATAZ. —Así nos enseñaron, desde que supimos jinetear un potro y manejar una lanza.

PEONES. —¡Nos enseñaron así: lanzas y potros!

DON FACUNDO. —¿Y eso por qué? Ahí está mi razón. Porque la tierra es o no es del hombre. Y no es del hombre cuando uno la enamoró como a una novia y tiene que dejarla.

CAPATAZ. —¡Y arrear tropillas y rebaños! ¡Y desandar horizontes!

PEONES. —¡Todo porque se ha puesto fea la cara del desierto, y los pampas vienen del sur a robar hembras y caballos!

DON FACUNDO. —Ahí está mi razón. Por eso me agarré yo a esta loma y no la suelto. La tierra es del hombre cuando uno puede nacer y morir en ella.

CAPATAZ. —Y plantar amores y espigas que ha de cosechar uno mismo, y no la mano sucia de un bárbaro.

DON FACUNDO. —La razón es ésa. Y no la soltaré aunque lloren las mujeres y sangren los hombres. Para eso estamos aquí: para sangrar y llorar. ¿Entienden?

PEONES. —¡Así nos enseñaron!

DON FACUNDO. —¿Y qué más podríamos hacer nosotros? Algún día, en esta loma, vivirán hombres que no sangran y mujeres que no aprendieron a llorar. Ésa es mi razón. ¿Cómo podría yo ser blando con los que la traicionan? Por eso está el Otro allá, tendido en su inmundicia.

(Vuelven a oírse las aves en la noche. Antígona saliendo por la derecha, entra en la zona de la luz trae dos varas que procura juntar en cruz mediante un pedazo de hilo. El Coro de Mujeres la viene siguiendo, como un friso, entre apenado y curioso. Antígona se dirige al emplazamiento del cañón).

DON FACUNDO. (*La llama*). —¡Antígona! (*Ella prosigue su marcha sin responder*).

PEONES. —¡Antígona, te han llamado!

ANTÍGONA. (*Volviéndose al Coro de Hombres*). —¿Quién?

DON FACUNDO. —¡Yo!

ANTÍGONA. (*Siempre al Coro de Hombres*). —La voz que me anda llamando no está en la casa de los Vélez.

CORO DE MUJERES. —Hija, ¿quién te llama?

ANTÍGONA. (*Volviéndose a las Mujeres*). —No lo sé. Todo grita, pero afuera.

CORO DE MUJERES. —¿Dónde?

ANTÍGONA. —¡Oigan! (*Silencio en los dos Coros que vuelven, sus semblantes a la tiniebla exterior*). Parece un grito de barro.

CORO DE HOMBRES. —¡Mujer, si nadie grita! (*Vuelve a oírse la algarabía de aves carniceras*).

ANTÍGONA. —Es que no se oye bien. ¡Esos pájaros arman un ruido infernal!



DON FACUNDO. (*A todos, por Antígona*). —¡Bien sé yo en qué anda su corazón enredado!

ANTÍGONA. (*Volviéndose por fin a él*). —¿En qué anda, señor?

DON FACUNDO. —¡Debería estar junto a la cabecera de tu hermano!

ANTÍGONA. —¿Junto a qué cabecera, la de lana caliente o la de barro frío?

DON FACUNDO. —¡Lengua de víbora!

ANTÍGONA. —¡Es que yo tuve dos hermanos!

DON FACUNDO. —¡Uno solo mereció tal nombre!

ANTÍGONA. —Tal vez, cuando vivían, y montaban caballos tormentosos, anduvieron en guerras. Pero son dos ahora, en la muerte. ¡Dos! ¡Y uno está castigado!

DON FACUNDO. —Lo castiga una ley justa.

ANTÍGONA. —Mi padre sabía dictar leyes, y todas eran fáciles. Murió sableando pampas junto al río.

DON FACUNDO. —Las leyes de tu padre voy siguiendo.

ANTÍGONA. —¡No, señor! Él no habría tirado su propia carne a la basura.

DON FACUNDO. —¡También él supo castigar!

ANTÍGONA. —¡Jamás lo hizo por encima de la muerte! Dios ha puesto en la muerte su frontera. Y aunque los hombres montasen todos los caballos de su furia, no podrían cruzar esa frontera y llegarse hasta Ignacio Vélez para inferirle otra herida.

DON FACUNDO. —No hace falta: Ignacio Vélez ha recibido lo suyo.

ANTÍGONA. —¡Ha recibido más de lo suyo!

DON FACUNDO. —¿Qué más?

ANTÍGONA. —La tierra sucia y los pájaros hambrientos.

DON FACUNDO. —¡Le pertenecen también!

ANTÍGONA. —¡No, señor! Dicen que Ignacio Vélez recibió tres heridas en la pelea. Y está bien, porque las recibió más acá de la muerte y entraban en lo suyo. Lo que no está bien, ¡y lo gritaría!, es la vergüenza

que recibe ahora del otro lado de la muerte, porque no entra en lo suyo. (Al Coro de Hombres). ¡Ni en lo de ustedes, hombres!

DON FACUNDO. —La vergüenza de Ignacio Vélez, acostado en el barro ahora, no lo puede alcanzar a él, naturalmente. Pero toda su indignidad grita en la llanura esta noche. ¡Y seguirá gritando hasta que se le hagan polvo los huesos! Esa carroña gritará, no para Ignacio Vélez que ya no sabe oír, sino para los hombres que lo vean podrirse y anden queriendo traicionar la ley de la llanura.

ANTÍGONA. —¿Qué ley, señor?

DON FACUNDO. —La de agarrarse a este suelo y no soltarlo.

ANTÍGONA. —Es una ley justa. Pero, ¡qué triste bandera quieren darle! Un muerto vestido de alas negras, allá en el cañadón. Mi padre sabía dictar leyes. (*Violenta*). E hizo algo más: en vez de gritarlas, ¡murió por ellas!

(Los dos Coros levantan un murmullo de asombro).

DON FACUNDO. —¡Lengua envenenada! Yo estuve junto a él cuando murió; expuesto a la misma lanza que le abrió el costado.

ANTÍGONA. —No lo sé, ni me importa. Lo que yo sé, y nadie podrá negarlo, es que la furia del desierto nos rodea esta noche; y que, oponiéndose a toda esa rabia, sólo hay afuera dos manos perdidas en el suelo y una cara rota de pájaros.

DON FACUNDO. —Eso es lo que te duele, ¡Condenada!

ANTÍGONA. —Hay otro condenado, allá, en la noche.

DON FACUNDO. —¡Y allá quedará él, hasta que lo derrita el agua!

ANTÍGONA. —¡Quién sabe! Dios ha mandado enterrar a los muertos.

DON FACUNDO. (*Amenazador*). —¡Si alguien se atreviera, más le valdría no haber nacido!

(Don Facundo mira imperiosamente al Coro de Hombres y luego al de Mujeres; después hace un mutis lento por la izquierda. Entre tanto, Antígona sube al emplazamiento del cañón y allí se sienta, con la cabeza recostada en el bronce y los ojos puestos en la lejanía. Los dos Coros dialogan).

MUJERES. —La llanura se nos ha convertido en un gran dolor.

HOMBRES. —¿Qué dolor, mujeres?

MUJERES. —No sabemos cómo se llama.

HOMBRES. —¡Es verdad! Antes, nuestras penas iban sentadas en la grupa de nuestros caballos.

MUJERES. —O dormían cerca de nuestros fuegos.

HOMBRES. —Pero tenían su nombre.

MUJERES. —Nuestras penas tenían un nombre.

HOMBRES. —Y nuestro deber estaba en la punta de nuestras lanzas.

MUJERES. —O en la hinchazón de nuestros párpados que lloran.

HOMBRES. —Pero nuestro deber tenía su nombre.

MUJERES. —Sabíamos cómo se llamaba.

HOMBRES. —Y ahora, ¿qué deberíamos hacer con un muerto acostado en la llanura?

MUJERES. —¿Tendido en la noche, sin luces, y con barro en las uñas y en el pelo?

HOMBRES. —¡Está prohibido enterrar a Ignacio Vélez!

MUJERES. —Pero la llanura es ancha, y caben todos los muertos.

HOMBRES. —Es una ley antigua la que nos manda esconder abajo nuestra miseria.

MUJERES. —Sí, ¡es una ley antigua!

HOMBRES. —Y está prohibido enterrar a Ignacio Vélez.

MUJER 1ª. —¡Si Antígona quisiera decirnos lo que anda tramando su corazón! *(Se dirige a ella y pronuncia su nombre)*. ¡Antígona! *(Ella no contesta, y la mujer insiste:)* ¡Antígona! *(Silencio de Antígona)*.

MUJER 2ª. *(A los dos Coros)*. —Sus ojos están en la noche, su corazón junto al agua muerta.

*(Un silencio. Después ambos Coros hacen un mutis desolado, el de Hombres por la derecha, el de Mujeres por la izquierda. Desaparecidos los Coros, Antígona se yergue: parecería que dirige sus oídos afuera, como para captar algún lamento en la noche).*

ANTÍGONA. *(Llama, contenidamente)*. —¡Ignacio! *(Más fuerte)*. ¡Ignacio! *(Escucha)*. Sí, cuando era niño le tenía miedo a la oscuridad.

Lo mandaban de noche a buscar en el galón estribos, riendas y bozales. ¡Y él volvía corriendo, y apretaba contra mi pecho su cabecita llena de fantasmas! (*Con amargura*). Porque han olvidado allá que Antígona Vélez ha sido también la madre de sus hermanos pequeños. Le tenía miedo a la oscuridad: ¡y me lo han acostado ahora en la noche, sin luz en su cabecera! ¡Ignacio! ¿Por qué no corre hasta el pecho de Antígona? ¡Es que no puede! ¡Le han hundido los pies en el agua negra! Pero Antígona buscará esta noche a su niño perdido, y lo hallará cuando salga la luna y le muestre dónde han puesto su almohada de sangre. Han olvidado allá que Antígona Vélez fue la madre de sus hermanitos. ¿Por qué no se levanta la luna sobre tanta maldad? ¡Ella entendería cómo una mujer no puede olvidar el peso de un niño, cuando vuelve asustado de la oscuridad, con dos estribos de plata en sus manos que tiemblan!

(Se cubre el rostro con ambas manos. Un gran silencio. Toda la escena va iluminándose con la luz de la luna que se levanta en el horizonte. Antígona, volviendo a descubrir su rostro, ve aquella luz creciente, lanza un grito de júbilo tremendo y hace un mutis volado por la izquierda).

ANTÍGONA. —¡Ignacio! ¡Ignacio!

(Oscuridad total. Las tres Brujas, en primer plano y centro).

BRUJA 2ª. —¡Lo estoy viendo! ¡Lo estoy, viendo!

BRUJA 1ª. —¿Qué ve, comadre?

BRUJA 2ª. —Un caballo de oro, cubierto de sangre hasta las patas.

BRUJA 3ª. —¿Corre?

BRUJA 2ª. —¡Galopa! Está galopando, como enloquecido.

BRUJA 3ª. —¿Y de quién es la sangre?

BRUJA 2ª. —¡De Antígona Vélez!

BRUJA 1ª. —Por eso anda ella con los ojos tan abiertos.

BRUJA 2ª. —Es que la sangre no se duerme, cuando está queriendo salir al sol.

TELÓN

### CUADRO TERCERO

Frontis de «La Postrera». Sucede al amanecer y en un crescendo de luz. En escena Don Facundo, su hijo Lisandro y un Rastreador.

LISANDRO. —Padre, no había riesgo. Nos acercamos por la tierra firme que hay entre Las Encadenadas. Fue al ponerse la luna, cuando la noche se hace como de tinta.

DON FACUNDO. —¿Y no han oído algo en la oscuridad?

LISANDRO. —Un relincho de potros, muy cerca. Los infieles andaban por ahí.

RASTREADOR. —El olor de carne de yegua se nos vino a tufaradas.

LISANDRO. —Entonces amarramos los coscojos<sup>[1]</sup> de los frenos y las vainas de los sables, para que no hicieran ruido.

RASTREADOR. —Y nos arrastramos hasta la Puerta Grande, a lo víbora.

DON FACUNDO. (*A Lisandro*). —Hijo, no me gusta. Yo esperaba el asalto, entre dos luces. Mis hombres están todavía junto a las bocas de fuego.

LISANDRO. —¿Y los infieles?

DON FACUNDO. —Han movido sus caballadas, a lo bárbaro: han hecho sonar sus trompetas. Y nada más.

LISANDRO. —¿No se han acercado?

DON FACUNDO. —A tiro, no.

RASTREADOR. (*Ríe*). —¡Le tienen miedo a los cañones!

DON FACUNDO. —O esperan algo, yo diría.

LISANDRO. —Padre, ¿qué?

DON FACUNDO. —Algún refuerzo de chusma<sup>[2]</sup>, por el sur.

RASTREADOR. —Llegaría tarde, señor.

LISANDRO. (*Alegre*). —Padre, ¡ya estaban por salir allá los blandengues<sup>[3]</sup> del Capitán Rojas! ¡Doscientos hombres como lanzas!

RASTREADOR. —¡Y doscientos caballos que parecen del viento!

DON FACUNDO. —¡Dios lo quiera!

LISANDRO. —Padre, ¡si ya estaban con el pie en el estribo! Allá todo era un alboroto de armas, un cantar de cielitos y un zapateo de malambos.

RASTREADOR. —El Capitán Rojas dice que barrerá de indios esta llanura.

DON FACUNDO. —¡Dios lo quiera! Esta loma es una punta de lanza, metida en el desierto. Más al sur no hay una espiga ni una rosa. Los que poblaron más allá volvieron con los fletes humeantes y los corazones rotos. (*Un silencio*).

LISANDRO. —Padre, ¿y la casa?

DON FACUNDO. —Los hombres no han soltado las carabinas. Las mujeres rezaban allá por el difunto Martín Vélez, y se durmieron al amanecer.

LISANDRO. (*Tímido*). —¿Y Antígona?

DON FACUNDO. (*Amargo*). —Sí, Antígona Vélez. No ha querido rezar anoche junto a la cabecera de su hermano. Es una espina que se nos ha clavado en el talón.

LISANDRO. (*En son de protesta*). —¿Una espina, ella? ¡No lo fue nunca! Ella no sabría clavarse ni en la maldad.

DON FACUNDO. —Ha dejado caer palabras venenosas.

LISANDRO. —¿Antígona? Ella no habla mucho, pero cuando lo hace, parecería que bendijera lo que va nombrando.

DON FACUNDO. —Le ha dolido el otro muerto, porque no ha entrado con los pies adelante y a lo señor en esta casa.

LISANDRO. (*Piadoso*). —También el otro era su hermano. ¿Y cómo no le dolería? Yo la he visto llorar hasta por un cordero muerto.

DON FACUNDO. —¡Bien sé yo lo que le ha dolido a ella! El deshonor de un Vélez que no tuvo anoche sus cuatro luces ni tendrá hoy una sepultura.

LISANDRO. (*Asombrado*). —¡Cómo! ¿Ignacio Vélez no debía ser enterrado?

DON FACUNDO. —No.

LISANDRO. —¿Quién lo ha dispuesto así?

DON FACUNDO. —Yo lo dispuse. Hombres y mujeres lo saben ya en la casa.

RASTREADOR. (*Confuso*). —¿No debía ser enterrado?

DON FACUNDO. —Ésa es la orden.

(Lisandro y el Rastreador se miran desconcertados).

LISANDRO. —¿Está seguro, padre?

DON FACUNDO. —Yo mismo les hablé a todos, hombres y mujeres, prohibiendo esa sepultura.

LISANDRO. —Entonces, alguien ha faltado a la consigna.

RASTREADOR. —O la ignoraba.

DON FACUNDO. (*A los dos, en un comienzo de asombro*). —¿Qué dicen?

LISANDRO. —Alguien ha enterrado a Ignacio Vélez, allá, junto al agua.

RASTREADOR. —Sí, alguien cavó anoche, bien y hondo.

DON FACUNDO. (*Anonadado*). —¡No es posible!

LISANDRO. —En el mismo barrial donde Ignacio Vélez quedó recostado. (*Por el Rastreador*). Éste y yo vimos la sepultura.

RASTREADOR. —Tenía en la cabecera una cruz de sauce atada con hilo de zurcir.

LISANDRO. —Y a los pies algunas flores de cardo negro.

DON FACUNDO. (*Contenido*). —¿Y cuándo pudo hacerse?

LISANDRO. —Las flores parecen recién cortadas.

RASTREADOR. —Y la tierra no ha recibido ningún sol todavía. Fue a medianoche, señor.

DON FACUNDO. —El que lo hizo no puede ser de la casa: ¡los he amenazado ayer, y sin vuelta de hoja! El que cavase una tumba para Ignacio Vélez moriría.

RASTREADOR. —Señor, de la casa es. Hay una huella de pasos que va desde la Puerta Grande hasta la tumba, y vuelve a la casa por el mismo lugar. Es un pie con bota de potro. A la ida, el hombre ha cargado la pala del entierro; al volver la trae arrastrándola.

DON FACUNDO. (*Entre su ira y su duda*). —¿Alguien de aquí? ¡No puede ser! ¡Los he amenazado! ¿Y quién se atrevería?

(Don Facundo, en el extremo de su cólera, se dirige a un lingote de hierro que sirve de campana y le da furiosos golpes con un martillo. Entran el Coro de Hombres por la derecha y el de Mujeres por la izquierda. Expectación).

DON FACUNDO. (*A los Hombres*). —Hombres, alguien enterró a Ignacio Vélez en su propio barro.

HOMBRES. —¿Quién?

DON FACUNDO. —¡Uno de ustedes!

HOMBRE 1º. (*Que hace de Corifeo*). —¡Nosotros hemos velado toda la noche junto a las armas!

DON FACUNDO. (*A las Mujeres*). —¡Mujeres, alguien cavó anoche una tumba prohibida! Ustedes rezaron hasta el amanecer. ¿Quién ha sido?

MUJERES. —¡No lo sabemos!

MUJER 1ª. (*Que hace de Corifea*). —Al rayar el día, las cuatro luces de Martín Vélez se agacharon para morir como él.

MUJERES. —¡Y nos dormimos!

MUJER 1ª. —Los rosarios cayeron a nuestros pies.

MUJERES. —Y no sabemos quién enterró a Ignacio Vélez.

DON FACUNDO. (*Al Rastreador*). —Anselmo, ¿puede seguir el rastro que viene de la tumba recién cavada?

RASTREADOR. —Señor, es el oficio de mis ojos.

DON FACUNDO. —¡Vaya y sígalo! ¡Y que Dios ampare al que volvió anoche con una pala sucia de tierra!



(El Rastreador entra en la casa. Don Facundo, en el centro de la escena, se parece a un puño cerrado).

HOMBRES. —Anoche no soltamos las armas. Hemos velado junto a las bocas de fuego. ¡Y no hemos visto ni enterrador ni pala!

HOMBRE 1º. —Todos estábamos juntos, y la noche por encima de todos. Pero algo hemos oído afuera.

HOMBRES. —Hemos oído, ¡sí!

DON FACUNDO. (*Se vuelve a ellos*). —¿Cuándo?

HOMBRE 1º. —Fue a medianoche.

DON FACUNDO. —¿Qué oyeron ustedes?

HOMBRE 1º. —Un escándalo de alas enfurecidas, allá, en el bajo.

HOMBRES. —Y después un grito.

HOMBRE 1º. —Un solo grito.

HOMBRES. —¡Sí, fue un grito solo!

(Un silencio).

MUJERES. —Nosotras rezábamos y llorábamos. Dicen que tal es nuestra ley.

MUJER 1ª. —Rezamos y lloramos hasta que se abrió el día.

MUJERES. —¡Y nada vimos!

MUJER 1ª. —No hemos visto nada, sino las cuatro luces del muerto que iban agachándose. Pero algo se oyó en la noche.

MUJERES. —¡Algo hemos oído, y nadie lo creía!

DON FACUNDO. (*Volviéndose a ellas*). —¿Qué oyeron, mujeres?

MUJER 1ª. —Una canción, afuera.

DON FACUNDO. —¿Una canción?

MUJER 1ª. —Alguien que venía cantando.

MUJERES. —¡Y no era fácil creerlo!

(Vuelve el Rastreador: en sus manos trae algunas prendas masculinas, llenas de barro, y una pala. Curiosidad y expectación en los Coros).

RASTREADOR. (*A Don Facundo*). —Aquí están las prendas. (*Las deposita en el suelo*).

DON FACUNDO. —¿Las del hombre que sepultó a Ignacio Vélez?

RASTREADOR. (*Turbado*). —No es fácil decirlo. Seguí el rastro y di con esas cosas. Las llevaba el mismo que cavó anoche una sepultura.

DON FACUNDO. —¿Dónde ha encontrado esas prendas? (*Silencio apenado del Rastreador*). ¿Dónde?

RASTREADOR. (*Baja la cabeza y dice:*) —En el cuarto de Antígona Vélez.

(Rumor excitado en los dos Coros).

DON FACUNDO. —¡Lo estaba yo adivinando!

MUJER 1ª. —Sí, una mujer cantó a medianoche y afuera.

MUJERES. (*Con angustia*). —¡Antígona!

HOMBRE 1º. —Lo que se oyó era un grito de mujer, allá, en el barro.

HOMBRES. —¡Antígona!

LISANDRO. (*Anonadado*). —¡Padre, una mujer sola no hubiera podido cavar esa tumba!

DON FACUNDO. —¡Ella sí! (*A los Hombres*). ¡Ustedes, hombres, búsqüenla! Hoy será un día como de hiel para todos.

(Salen los Hombres y entran en la casa. Quedan Don Facundo, Lisandro, el Rastreador y el Coro de Mujeres).

LISANDRO. —¿Antígona? ¡Señor, no puede ser! Sus manos en aquella pala: ¡sus manos de acariciar borregos!

DON FACUNDO. —Yo he visto anoche sus manos: ataban una cruz con hilo negro de zurcir.

MUJERES. —¡Tenía su corazón afuera!

MUJER 1ª. —Por eso no ha rezado con nosotras junto a Martín Vélez. Pero ella no salió anoche de la casa: la hubiéramos oído.

DON FACUNDO. —Pero alguien salió. Y volvía cantando antes del amanecer.

LISANDRO. —¿Ella? ¡Si nadie lo creería!

DON FACUNDO. —Yo vi anoche su corazón. (*A las Mujeres*). ¿Y ustedes?

MUJER 1ª. —Lo llevaba desnudo. Pero Antígona fue también la madre de sus hermanos.

MUJERES. —¡Y uno estaba perdido en la oscuridad!

LISANDRO. —¡Y le dolía, padre!

DON FACUNDO. (*Mirándolo con dureza*). —Yo he visto su corazón anoche. ¡Y estoy mirando el tuyo ahora!

(Lisandro inclina la frente).

MUJERES. —¿Por qué no veló Antígona con nosotras?

MUJER 1ª. —¿Habrá olvidado que llorar es la ley de nuestros ojos en la llanura, y que rezar es el trabajo de nuestra lengua, cuando por el sur el desierto nos amenaza?

MUJERES. —¿Lo habrá olvidado, ella y su corazón roto en dos mitades?

(El Coro de Hombres vuelve por el frontis, y trae al frente a Antígona Vélez ataviada de negro. Lisandro intenta dirigirse a ella, pero el Rastreador lo detiene con dulzura. Don Facundo y Antígona se miran a los ojos, él con dureza y ella con triunfante serenidad. Los dos Coros están como petrificados).

DON FACUNDO. (*A Antígona*). —Ignacio Vélez fue sepultado anoche contra mi voluntad. (*Antígona continúa mirándolo en silencio, y Don Facundo insiste*). ¿Me has oído?

ANTÍGONA. —Sí, señor.

DON FACUNDO. —¿Y nada tienes que decir?

ANTÍGONA. —Nada.

DON FACUNDO. (*Indicando las prendas que trajo el Rastreador*). —Son las prendas que alguien vistió anoche para cavar una tumba prohibida.

ANTÍGONA. —Era fácil encontrarlas. Yo no las escondí.

DON FACUNDO. (*Violento*). —¿Quién enterró a Ignacio Vélez?

ANTÍGONA. (*Con voz natural*). —Yo lo enterré.

MUJERES. —¡Antígona!

ANTÍGONA. (*Irguiéndose, como transfigurada*). —¡Yo lo enterré! (*Y ahora en un grito salvaje, mezcla de triunfo y de dolor*). ¡Yo lo enterré anoche!

MUJER 1ª. —¡Fue Antígona Vélez!

HOMBRE 1º. —¡Y se ha perdido!

DON FACUNDO. (*A Antígona*). —Mujer, ¿sabías cuál era mi voluntad?

ANTÍGONA. —Yo seguí otra voluntad anoche.

DON FACUNDO. —¡En esta pampa no hay otra voluntad que la mía!

ANTÍGONA. —La que yo seguí habló más fuerte. Y está por encima de todas las pampas.

LISANDRO. (*Consternado*). —¡Antígona! ¡Sola y de noche! ¡Y con la furia del sur alrededor!

ANTÍGONA. (*Dirá su relato con absoluta naturalidad*). —Se levantaba la luna. Los perros me acompañaron hasta la Puerta Grande.

MUJERES. —¡Tu alma sola!

HOMBRES. —¡Y el miedo afuera!

MUJERES. —¿Qué alma tuviste?

ANTÍGONA. —Mi alma no la sentía en mí: estaba fuera, junto al Otro, en el barro. Se me había ido, y salí a buscarla. En la Puerta Grande los perros me lamían las manos.

HOMBRES. —¡Y afuera el desierto que vigilaba!

MUJERES. —¡Y la noche sobre todo!

ANTÍGONA. —Mi alma se había tendido en la noche, junto a la miseria de Ignacio Vélez, ¡y me llamaba! Entonces dejé la Puerta Grande y caminé bajo la luna.

MUJERES. —¿Quién te guiaba?

ANTÍGONA. —La única maldad que no dormía en la noche.

MUJERES. —¿Cuál?

ANTÍGONA. —Un hambre de pájaros que gritaba en la llanura, lejos y cerca. Y yo corría en la noche, y la luna se levantaba.

LISANDRO. —¡Ella sola, con una pala en el hombro y una cruz en las manos!

ANTÍGONA. —Cuando llegué al bajo, no descubrí a Ignacio Vélez. ¡Estaba tan amortajado!

MUJER 1ª. —¿Amortajado él?

HOMBRE 1º. —¿Dice que amortajado?

ANTÍGONA. —Sí, de alas oscuras. Era una mortaja gritona que lo cubría de pies a cabeza.

MUJERES. (*Horrorizadas*). —¡Antígona!

HOMBRES. —¡Ella y su corazón de punta!

ANTÍGONA. —Entonces me acerqué, y se alborotaron las alas, y lo vi desnudo y roto bajo la luna. ¡Y grité!

HOMBRES. —¡Fue un solo grito!

ANTÍGONA. —Allá lo habían tirado, con la frente al norte y los pies al sur. Me arrodillé junto a su cabecera. Los pájaros gritaban en la noche, y su hambre tenía razón. Pero yo estaba de rodillas junto a la cabecera, y vi sus ojos y su boca, y no grité.

MUJERES. —¿No gritaste?

ANTÍGONA. —Ya no podía. Sus ojos reventados eran dos pozos llenos de luna: miraban las estrellas y no las veían, por más que se abriesen en toda su rotura. Pero la boca de Ignacio Vélez reía: ¿no le llamaban «el fiestero»? Ahora que no tenían labios, aquellos dientes reían mejor. Y por eso no grité.

MUJERES. —¡Ya no se podía gritar!

ANTÍGONA. —Ni se debía, mujer. Lo que yo pensé y quise fue ocultar esa risa y aquellos ojos que ya no tenían mirada: esconderlos abajo, muy hondo, antes de que saliera el sol y los viese. Y entonces cavé.

LISANDRO. —¡Sus manos de acariciar potrillos!

MUJERES. —¡Niña! ¿Qué alma tuviste?

HOMBRES. —¿Qué desatado corazón?

ANTÍGONA. —¡Era fácil! Porque yo había encontrado mi alma junto a la pena de Ignacio Vélez. La recogí entonces, y me puse a cavar: los pájaros volvían como enloquecidos; se descolgaban sobre mí con sus picos gritones; y yo los hacía caer a golpes de pala. Creía estar en un sueño donde yo cavaba la tumba de Ignacio, lo escondía bajo tierra, le plantaba una cruz de sauce y le ponía flores de cardo negro. Yo estaba soñando. Y al despertar vi que todo se había cumplido. Mi alma se desbordó entonces, y me vino un golpe de risa.

MUJERES. —Nosotras llorábamos y rezábamos. Y oímos una canción: ¡alguien volvía cantando!

ANTÍGONA. —Volví cantando, sí. Porque ahora mi alma se volvía conmigo, y estaba ella como si le hubieran dado un vino fuerte.

MUJERES. —¡Antígona cantaba!

HOMBRES. —¡Y se ha perdido!

(Un silencio. Las miradas están ahora puestas en Don Facundo, que lo ha escuchado todo con la expresión abstracta de un juez).

DON FACUNDO. (*A los Hombres, sereno*). —Hombres, escuchen. Hoy, al atardecer, ensillarán un caballo.

HOMBRES. —¿Un caballo? ¿Cuál?

DON FACUNDO. —El mejor está en la tropilla de los alazanes<sup>[4]</sup>. Y ha de ser el mejor.

HOMBRE 1º. —¿El mejor caballo? ¿Para qué?

DON FACUNDO. —Ha de correr una carrera, hoy, en cuanto el sol ande queriendo entrarse.

HOMBRE 1º. —¿Una carrera?

HOMBRES. —¿Con quién?

DON FACUNDO. —Con la muerte, yo diría.

LISANDRO. —¿Y quién ha de montar ese caballo? (*Murmullo*). )

DON FACUNDO. —Antígona Vélez. (*Murmullos de los Coros*). Ella lo montará en la Puerta Grande, al atardecer.

MUJERES. —¿Y adónde irá?

HOMBRE 1º. —¡La furia del sur nos está cercando!

HOMBRES. —¡Y es un cerco de lanzas!

MUJER 1ª. —Y en un potro de cinco años, ¿adónde iría ella?

DON FACUNDO. —Yo he dado mi ley a esta casa. El que tenga otra debe salir, hombre o mujer.

LISANDRO. —¡Padre, no es justo! Eso vale tanto como la muerte.

DON FACUNDO. (*A Lisandro*). —¿Lo podrías jurar? Yo no. Todo estará en las patas de un caballo. Entre su ley y la mía, que Dios juzgue.

TELÓN

## CUADRO CUARTO

Explanada en la loma: tierra desnuda, cielo desnudo. En el centro, un ombú de raíces viboreantes y copa desarbolada, Lisandro, a la derecha del ombú, y Antígona Vélez, a la izquierda, los dos inmóviles, darán la impresión de una estampa bíblica: la pareja primera junto al árbol primero.

LISANDRO. —Mi padre nunca fue blando; pero fue siempre justo, y sabía castigar. No lo entiendo ahora. ¿Qué ha sucedido, Antígona? Todo se ha embrujado aquí desde que los pampas cayeron del sud. ¡Todo se ha endurecido aquí, hombres y mujeres! Hasta los animales están como endemoniados, y las cosas parecería que mordieran.

ANTÍGONA. —No, Lisandro. Todo está igual ahora: los vivos en sus quehaceres, los muertos en su tierra.

LISANDRO. —¡Mi padre no ha sido justo!

ANTÍGONA. —¿Por qué no? Él toma su quehacer y lo cumple; yo he tomado el mío, y lo cumplí. Todo está en la balanza, como siempre.

LISANDRO. —¡Pero hay un caballo, Antígona! Un alazán que ha de salir al atardecer, llevando a una niña sin culpa. Y ese caballo no está en la balanza.

ANTÍGONA. —¿Quién lo sabe? Dios hablará en las patas de ese caballo. Y si estuvo en la balanza o no, la noche lo dirá.

LISANDRO. —¡Ese caballo no saldrá hoy de la Puerta Grande!

ANTÍGONA. —¡Saldrá! ¡Y yo con él! ¡Anoche lo vi tan claro!

LISANDRO. —¿Dónde lo viste?

ANTÍGONA. —En la mirada rota de Ignacio Vélez, en sus rojos abiertos como nunca. No es bueno mirar esas cosas: ¡aprende uno más de lo que debiera!

LISANDRO. —¡Ese potro no ha de salir! Antes degollaría con mis propias manos a todos los alazanes de la tropilla.

ANTÍGONA. (*Sonríe.*) —Entonces quedarán los overos<sup>[5]</sup>, los moros<sup>[6]</sup> y los cebrunos<sup>[7]</sup>. Le hace falta un redomón, y lo tendrá. (*Un silencio.*) Y digo yo: ¿qué importa?



LISANDRO. —¿No importa?

ANTÍGONA. —Ya no importa. Y el gran consuelo viene de ahí.

LISANDRO. —¿Qué consuelo?

ANTÍGONA. —El que nació anoche, al ponerse la luna. Es un consuelo gritón.

LISANDRO. —¿Grita?

ANTÍGONA. —¡Como los recién nacidos! Porque todo será fácil ahora.

LISANDRO. —No, Antígona, ¡todo será difícil!

ANTÍGONA. —¡Bah, demasiado fácil! Yo tenía un quehacer en esta pampa: la gente dice que mi padre murió en la costa del Salado, y que Antígona Vélez nunca tuvo muñecas, porque debió ser la madre de sus hermanitos. *(En un arranque de pena)*. ¿Y dónde los tiene ahora? ¡No y no! Antígona se ha quedado sin labores. Y todo será fácil.

LISANDRO. *(En un grito)*. —¡Antígona! ¿Y yo?

ANTÍGONA. *(Se conturba, inclinada la frente)*. —Es verdad. Me quedaba otro hermano.

LISANDRO. —Antígona, yo no soy tu hermano.

ANTÍGONA. —Eran tres y montaban caballos del mismo pelo. ¡Qué días! ¡Qué días! ¡Tres mozos derechos como lanzas!

LISANDRO. —Fuimos hermanos hasta una edad. Hasta una edad. ¿Lo has olvidado?

ANTÍGONA. *(Como negándose a un recuerdo)*. —En una noche se puede olvidar todo. Esto es lo que trae de malo andar sola por ahí, cavando tierra en la oscuridad.

LISANDRO. —¡No podrías olvidarlo! Fue aquella mañana. Yo tenía quince años y domaba mi primer potro.

ANTÍGONA. *(Cediendo a la evocación)*. —Sí. Sí. ¿No era un doradillo<sup>[8]</sup>?

LISANDRO. —¡Un doradillo era! ¡Una luz, Antígona!

ANTÍGONA. *(Con un asomo de sonrisa)*. —Y estabas pálido.

LISANDRO. (*Protesta*). —¡Yo no! La que se había puesto blanca era una muchachita.

ANTÍGONA. —¿Dónde?

LISANDRO. —Junto al corral grande.

ANTÍGONA. (*Ríe*). —¡Y estabas pálido frente al doradillo!

LISANDRO. (*Vuelve a protestar*). —¡Antígona! (*Ríe de pronto*). No, esa pelea fue más tarde, allá, en el aljibe. Ya sé que no lo has olvidado. Era mi primer potro: querían ellos que lo domara con espuelas. Y me negué: yo tenía quince años.

ANTÍGONA. —¡Y tiraste las espuelas! Cayeron a mis pies. Hubo una gran risa de hombres junto al palenque.

LISANDRO. —Antígona, cuando subí al doradillo y los hombres me lo soltaron, la tierra me pareció chica. El animal se arremolinaba de un lado a otro: las caras empezaron a dar vueltas, ¡y yo sólo veía una! Cuando el potro se metió a corcovear, saltaban en el aire hombres y cosas; pero yo sólo veía una cara y un miedo, junto al corral grande. Por fin se me rindió el doradillo, y entonces comenzó a volar por la llanura, sordo y ciego. Y yo, enhorquetado en él, vi cómo el horizonte se me venía encima, y tiré de las riendas. Pero algo tironeó más fuerte, y eran dos ojos que yo había dejado a mis espaldas, en el corral grande. Aquellos ojos lagrimeaban, ¡y eran los tuyos, Antígona!

ANTÍGONA. —Sí, lagrimeaban por otro hermano que salía recién de su primer combate.

LISANDRO. —¡No, Antígona! El que subió al potro era un niño: el que bajó ya era un hombre. Y aquel hombre no era tu hermano. (*Antígona baja la frente*). Y la que me siguió con los ojos empezó a llorar como niña y terminó llorando como mujer. Y supo entonces que ya no era mi hermana.

ANTÍGONA. —¡Eso no! ¡Eso no!

LISANDRO. —Estabas demasiado seria cuando me abrazaste. Yo volvía deshecho y alegre, con el olor del potro en las manos, en la boca, en el pelo. Y me abrazaste, y supe que ya no eras mi hermana, sino algo que duele más.

ANTÍGONA. —¡Lisandro!

LISANDRO. —Y también lo supiste, Antígona, cuando lavaste mis dedos heridos en las riendas, y me los besaste llorando.

ANTÍGONA. —¡Tenían el sabor de tu sangre!

LISANDRO. —Yo te besé los ojos, y tenían el sabor de tus lágrimas.

ANTÍGONA. —Entonces nos miramos como si recién nos conociéramos.

LISANDRO. —Nos conocíamos recién.

ANTÍGONA. —¡En tu sangre!

LISANDRO. —¡Y en tus lágrimas!

ANTÍGONA. —¡Pobre amor, nacido en cuna tan triste!

LISANDRO. —¡No era pobre, Antígona!

ANTÍGONA. —Si no lo fue, ¿por qué sentimos luego tanta vergüenza?

LISANDRO. —¿Vergüenza?

ANTÍGONA. —Como si nos hubieran desnudado a tirones, allá, en el aljibe. ¡Y con tanto sol arriba!

LISANDRO. —Estábamos frente a frente.

ANTÍGONA. —Pero tus ojos y los míos ya no se buscaban.

LISANDRO. —Y entonces hablaste, la primera.

ANTÍGONA. —¡Tenía que hablar!

LISANDRO. —¿Por qué?

ANTÍGONA. —Porque nuestros ojos andaban con miedo.

LISANDRO. —¿Y qué me dijiste?

ANTÍGONA. —Que habías palidecido junto al potro.

LISANDRO. —¡Era mentira!

ANTÍGONA. —¿Quién lo niega? Pero algo había que decir y pelear.

LISANDRO. —¿Una guerra?

ANTÍGONA. —Sí, para disimular aquella otra que no se animaban a pelear nuestros ojos.

LISANDRO. (*La mira como iluminado*). —¡Mujer!

ANTÍGONA. (*Sencillamente*). —Eso.

LISANDRO. —Y me dijiste que tuve miedo junto al doradillo.

ANTÍGONA. —¡Y te pusiste furioso!

LISANDRO. —Entonces comenzaste a reír, y me dolió.

ANTÍGONA. —Yo buscaba una guerra.

LISANDRO. —¿La de los labios o la otra?

ANTÍGONA. —¡Era la misma!

LISANDRO. —Y te fuiste riendo.

ANTÍGONA. —¡Para que me siguieras!

LISANDRO. —Te alcancé junto a los álamos, y te sacudí por los hombros, y ya no reías.

ANTÍGONA. —Y como estábamos en guerra, me abrazaste. ¡El sol arriba estaba como loco!

LISANDRO. —¡Y te besé!

(Corto silencio, durante el cual ambos parecen abstraídos en sus recuerdos. De pronto, Antígona clava sus ojos en Lisandro y le dice, con una sonrisa de guerra:).

ANTÍGONA. —¡Si, estabas pálido frente al doradillo!

LISANDRO. —*(Con pueril indignación)*. ¡Antígona! *(De pronto entiende y acepta el desafío. Se abrazan desesperadamente)*.

ANTÍGONA. *(Se desase del abrazo, con tierna suavidad)*. — ¡Lisandro, pudo ser!

LISANDRO. *(La toma de las manos)*. —¡Y será, corazón!

ANTÍGONA. —¡No será! Pudo ser, y ya es mucho.

LISANDRO. —Ahora que lo sabemos todo y que todo lo dijimos, ¿quién se opondría?

ANTÍGONA. —Un caballo alazán que ha de salir al atardecer contra un horizonte de lanzas.

LISANDRO. —¡Antígona, ese caballo no saldrá!

ANTÍGONA. —Lo he visto anoche, y el alazán iba cubierto de sangre.

LISANDRO. —Anoche, tal vez. Pero ahora no. ¡Hay tanta luz arriba y abajo! (*Se abrazan*).

TELÓN

## CUADRO QUINTO

La explanada del cañón, en un atardecer que irá de un suave dorado a un rojo de incendio y a un índigo final. Antígona Vélez, en primer plano y centro, vestida con ropas de hombre. A su izquierda, el Coro de Mujeres.

MUJERES. —La hemos vestido con su ropa de muerte. No es el traje de novia que le habíamos deseado.

MUJER 1ª. —Se dejó vestir, aunque las ropas no eran suyas. Pero no quiso dejarse atar el pelo, y tenía razón.

MUJERES. —¡Antígona! ¿Qué harán en esta loma los ojos que no te lloren mañana?

MUJER 1ª. —Estará prohibido llorar por Antígona Vélez.

MUJERES. —¡Prohibido estará! ¿Y qué haremos nosotras con estos ojos nublados?

ANTÍGONA. —Mujeres, ¿no conocían ya la verdadera cara del sur? El sur es amargo, porque no da flores todavía. Eso es lo que aprendió hace mucho el hombre que hoy me condena. Yo lo supe anoche, cuando buscaba, una flor para la tumba de Ignacio Vélez y sólo hallé las espinas de un cardo negro.

MUJERES. —¿Y qué haríamos nosotras con tantas lágrimas?

ANTÍGONA. —Alguna vez he pensado que llorar es como regar; y donde se lloró algo debe florecer.

MUJER 1ª. —¡Antígona! ¿Qué podrá florecer con tu muerte?

MUJERES. —¿Y con el agua de nuestros ojos?

ANTÍGONA. —Lo supe ayer, a medianoche. (*Se turba de pronto*). ¡Hoy, a mediodía, lo he olvidado!

MUJER 1ª. —¿Lo has olvidado?

ANTÍGONA. —El hombre que ahora me condena es duro porque tiene razón. Él quiere ganar este desierto para las novilladas gordas y los trigos maduros; para que el hombre y la mujer, un día, puedan dormir aquí sus noches enteras; para que los niños jueguen sin sobresalto en la llanura. ¡Y eso es cubrir de flores el desierto! (*Mira, desolada, su*

*atuendo varonil*). Ahora me viste de hombre y está ensillando su mejor alazán, y me prepara esta muerte fácil.

MUJERES. —¡Niña, es tu verdugo!

ANTÍGONA. —¡No! Todo lo ha ordenado él así porque anda sabiendo.

MUJER 1ª. —¿Qué sabe, para ordenar una muerte sin culpa?

ANTÍGONA. —¡Él quiere poblar de flores el sur! Y sabe que Antígona Vélez, muerta en un alazán ensangrentado, podría ser la primera flor del jardín que busca. Eso es lo que anda sabiendo él, y lo que yo supe anoche, cuando le tiré a Ignacio Vélez la última palada de tierra y subí cantando a esta loma. ¡Era la piedad, y también el orgullo de los Vélez! Mi padre murió en la costa del Salado, y fue su orgullo el que midió veinte sables contra doscientas lanzas indias. ¡Ayer, a medianoche, lo supe y canté! Oigan mujeres: yo debí morir anoche. Si yo hubiese muerto anoche, mi padre hubiera salido a recibirme, allá, en el bajo: él y sus veinte sables rotos. ¡Ahora no saldrá!

MUJERES. —¿Por qué no, Antígona?

ANTÍGONA. (*Conturbada*). —Porque hoy, a mediodía, olvidé lo que supe ayer, a medianoche.

MUJERES. —¿Lo olvidaste?

ANTÍGONA. —O lo he olvidado, o ya no cuenta, mujeres.

MUJER 1ª. —¿Y por qué hoy a mediodía?

ANTÍGONA. —Es algo en que no pensó Facundo Galván, y que Antígona desamparaba. Fue a mediodía, porque yo necesitaba todo el sol para escuchar.

MUJER 1ª. (*Al Coro de Mujeres*). —¡No entendemos lo que dice!

ANTÍGONA. (*A la Mujer 1ª*). —Porque Antígona Vélez fue madre antes que novia. Facundo Galván y yo hemos trabajado con la muerte, sin pensar en el Otro, que también debió ser escuchado.

MUJERES. —¿Quién es el Otro?

ANTÍGONA. —¡El que sólo puede hablar a mediodía, cerca de los aljibes o al pie de los álamos tembladores!

MUJERES. —¡No la entendemos!

MUJER 1ª. (*A su Coro*). —¡Nunca la entendimos a ella!

MUJERES. —¡Ni a su corazón derramado!

MUJER 1ª. (*A Antígona*). —Antígona, ¿qué te dijo el Otro?

ANTÍGONA. —¡Se acordaba! ¡El Otro se acordó al fin!

MUJERES. —¿De qué?

ANTÍGONA. —De un potro doradillo, bajo el sol, y de su jinete con las manos ensangrentadas.

MUJERES. —¡Antígona!

ANTÍGONA. —¡Y del sabor que hay en el hombre lastimado y en la mujer que llora!

MUJERES. —¡Antígona Vélez!

ANTÍGONA. —El Otro se acordó. ¡Y por eso no saldrá mi padre a recibirme ahora con sus veinte jinetes muertos!

MUJER 1ª. (*A su Coro*). —No sabemos lo que ha dicho: se parece a lo que hablan los agonizantes.

MUJERES. —¡Es que su corazón ya está lejos!

MUJER 1ª. —¿Dónde podría estar su corazón ahora?

MUJERES. —¡En un alazán que vuela contra una pared de gritos!

MUJER 1ª. —Sí, el corazón adivina, y se adelanta. Se adelanta el corazón a su muerte.

(*Entran los Hombres por la derecha, en busca de Antígona Vélez: están conmovidos, pero fatales en su consigna. El Coro de Mujeres, petrificado a la izquierda; el Coro de Hombres, rígido a la derecha; Antígona, con expresión abstracta, en el centro*).

ANTÍGONA. (*A los Hombres, volviendo de su abstracción*). —Hombres, ¿ya es la hora?

HOMBRE 1º. —El sol anda queriendo ponerse.

ANTÍGONA. —¿Hay mucha luz?

HOMBRE 1º. —En el poniente, sí.

ANTÍGONA. —Mejor y peor. ¿Mi caballo?



HOMBRE 1º. —Ya está en la Puerta Grande.

HOMBRES. (*Con olvidadizo entusiasmo*). —¡Un flete con el viento en las patas! ¡Al sol yo le correría en ese alazán tostado!

ANTÍGONA. (*Al Coro de Hombres*). —Y a la muerte, ¿le correrías?

HOMBRES. (*Bajan las cabezas, entristecidos*). —¡Es verdad!

HOMBRE 1º. —Sí, Antígona correrá hoy con la muerte.

MUJERES. (*En rítmica salmodia*). —¡Los hombres y el color de sus potros! No saben hablar sino de caballos. ¡Y nosotras atadas a esta loma! Llorando por los que se van, riendo por los que vuelven. ¡Por el amor que se ha ido en un zaino<sup>[9]</sup> y ha de regresar en un lobuno<sup>[10]</sup>! ¡Y ellos hablando siempre de sus redomones!

ANTÍGONA. (*A los Hombres*). —¿No han oído hablar alguna vez de un potro doradillo que volvió del horizonte frenado por los ojos de una muchacha?

HOMBRE 1º. —No, Antígona. ¿Qué potro era?

ANTÍGONA. —¡Lo domaba un jinete de quince años!

MUJERES. (*Desoladas*). —¡Antígona Vélez!

MUJER 1ª. —¡Su corazón ya está lejos!

MUJERES. —Habla como los que van a morir.

HOMBRE 1º. (*A Antígona*). —¿Un jinete de quince años?

ANTÍGONA. —¡Increíble! Y por eso Antígona Vélez no tendrá hoy lo que había recogido anoche tapando muertos en la llanura.

HOMBRES. —¿Qué habías recogido anoche?

ANTÍGONA. (*A los Hombres*). —Mi padre te lo diría, si volviera del Salado con sus veinte hombres caídos en el agua. (*Un silencio*). ¿Qué hora es?

HOMBRES. —Ya es la hora, niña.

ANTÍGONA. —Vamos allá: quiero tener el sol de frente cuando salga.

HOMBRE 1º. —Sería mejor al anochecer: un alazán corriendo bajo el sol ofrece mucho blanco.

ANTÍGONA. —Sí, hombre. Pero no estará mal que Antígona y el sol se pongan juntos.

(Antígona inicia un mutis lento hacia la izquierda. Los Hombres la siguen a distancia).

MUJER 1ª. —¡Ella y su corazón en punta de lanza!

MUJERES. —¡Otro dolor le nace a la llanura!

MUJER 1ª. —¡Y no sabemos cómo se llama!

MUJERES. —¡No nos han enseñado su nombre!

(Lisandro Galván entra corriendo por la derecha).

LISANDRO. —¡Antígona! (*A los Hombres*). ¡Ustedes, alto!

(Antígona y los Hombres se detienen, la primera sin volver el rostro).

LISANDRO. (*A los Hombres*). —¡Ese alazán no ha de salir!

HOMBRE 1º. —¿Hay contraorden?

LISANDRO. —¡Sí!

HOMBRE 1º. —¿De quién?

LISANDRO. —¡Mía!

(Se dirige a Antígona, pero los Hombres lo detienen).

HOMBRE 1º. —Lisandro, nuestra consigna es dura.

HOMBRES. —Y en esta pampa uno va dejando su corazón deshecho entre las cosas, un pedazo aquí y el otro allá. Como las ovejas hacen con su vellón entre las espinas.

LISANDRO. —¡Ese caballo no puede salir! ¿Qué se diría mañana de nosotros? ¡Que lanzamos contra el enemigo, no a los hombres duros, sino a las mujeres castigadas!

HOMBRE 1º. —No podrían decirlo. El combate fue nuestro pan de cada día.

HOMBRES. —Esa es la ley que nos enseñaron en el desierto: ¡lanzas y potros!

(Antígona vuelve a Lisandro su rostro y le dice tiernamente, como quien corrige a un niño:).

ANTÍGONA. —Lisandro, ¿para qué ofender a estos hombres con una mentira?

LISANDRO. —¿Miento, acaso?

ANTÍGONA. —Yo hubiera preferido que les dieras a ellos la otra razón.

LISANDRO. —¿Qué otra razón, Antígona?

ANTÍGONA. —La otra, la verdadera.

LISANDRO. —¿Cuál?

ANTÍGONA. —La que supiste decir a mediodía, junto al brocal de un pozo. ¡La que se dice bajo el sol!

LISANDRO. —¡Antígona!

(Quiere librarse de los Hombres que lo sujetan, pero no lo consigue).

ANTÍGONA. (*A los Hombres, con una sonrisa*). —Suéltelo. Él sabe regresar del horizonte, montado en un doradillo. Él sabe regresar hasta los ojos de una muchacha.

(Los Hombres sueltan a Lisandro: éste y Antígona se dirigen el uno al otro y se abrazan).

HOMBRE 1º. —¡Ahí estaba su razón!

MUJER 1ª. —¡Y conocemos ahora el nombre de la pena!

MUJERES. —El sur es amargo, y no deja crecer ni la espiga derecha ni el amor entero.

HOMBRES. —El sur es algo que se nos muere al nacer.

MUJERES. —¡Y conocemos ya su nombre!

(Lisandro y Antígona se desasen de su abrazo).

LISANDRO. (*A Antígona*). —Esta razón era tuya y mía, ¿cómo hubiera podido gritarla?

ANTÍGONA. —Es que ya no importa, Lisandro. Necesitaba yo que la gritases, para que Antígona Vélez no se fuera tan sola.

LISANDRO. —Antígona, ¡no te irás!

ANTÍGONA. —El sol está en su punto debido, y hay un caballo en la Puerta Grande.

HOMBRE 1º. (*A Lisandro*). —La consigna es dura.

HOMBRES. —¡Nos han enseñado la dureza!

ANTÍGONA. —Y Antígona debe morir.

(Dos hombres vuelven a sujetar a Lisandro. Antígona pasea su mirada sobre todos, como en una tática despedida. Sale después, custodiada por el Coro de Hombres).

MUJER 1ª. —¡Quién la hubiera llevado con su traje de novia!

MUJERES. —En un alazán fiestero. ¡No el de su muerte!

MUJER 1ª. —Porque Antígona debe morir, para que se cubra de flores el desierto.

LISANDRO. (*En un grito*). —¡Y no ha de estar sola!

(Violentemente, se libra de sus dos guardianes y corre hacia la izquierda. Se le oye gritar adentro: «¡Antígona! ¡Antígona!»).

Las Mujeres corren hasta el borde mismo de la explanada y miran la llanura. El rojo sol del ocaso las enceguece. Afuera redobla el galope de un caballo que sale).

MUJER 1ª. —¡Es ella! ¡Galopa contra el sol!

MUJERES. —¡A media rienda va, y el sol de frente!

MUJER 1ª. —¡El alazán es una luz! ¡Y ella le clava las espuelas todavía!

MUJERES. —¡Y la muerte delante!

(Un silencio. Se oye otro galope que arranca de afuera).

MUJER 1ª. —¿Quién ha salido ahora?

MUJERES. (*Tras observar un instante*). —¡Lisandro Galván!

MUJER 1ª. —¡En un potro como de tinta!

(Exclamaciones varoniles adentro: «¡Alto! ¡Alto!»).

MUJER 1ª. —¡El oscuro y el alazán se juntan!

MUJERES. —¡Dos parejeros frente al sol! ¡Y la muerte delante!

MUJER 1ª. —¿Qué se ha movido allá lejos?

MUJERES. —¡Algo brilla de punta!

MUJER 1ª. (*Entiende*). —¡Lanzas!

MUJERES. —¡Lanzas!

(Se oye a lo lejos una gritería, de chusma salvaje. Después, el silencio).

MUJER 1ª. —¡Antígona Vélez! ¡Lisandro Galván!

MUJERES.—¡Y la muerte afuera y sobre todo!

TELÓN

## CUADRO FINAL

Al descorrerse la cortina, las tres Brujas iluminadas por un proyector en un fondo de oscuridad total. Se oyen toques lejanos de clarín y ruido de caballería.

BRUJA 1ª. —La tierra se ha parecido a un tambor.

BRUJA 2ª. —¡Ha redoblado! ¡Ha redoblado!

BRUJA 1ª. —¡Todavía se oye!

BRUJA 3ª. —Sí, todavía se oye.

BRUJA 1ª. —¡Redoblante de caballos, gritona de jinetes!

BRUJA 3ª. —Ahora levantarán a los que murieron en la pelea.

BRUJA 2ª. —¡Yo he visto a dos que no murieron en esa batalla!

BRUJA 1ª. (*A la 2ª*) —Comadre, ¿anduvo por allá?

BRUJA 2ª. —Sí, entre animales rotos y jinetes helados.

BRUJA 1ª. —¿Qué buscaba, comadre?

BRUJA 2ª. —La raíz que desata el odio.

BRUJA 3ª. —¿No es la mandrágora?

BRUJA 2ª. —No. La mandrágora sólo crece al pie de los ahorcados.

BRUJA 1ª. —¿Y encontró la raíz del odio?

BRUJA 2ª. —No la encontré.

BRUJA 1ª. —¿Por qué no?

BRUJA 2ª. (*Descontenta*). —¡Había en el campo dos muertos que sobraban!

BRUJA 3ª. —¿Sobraban dos muertos?

BRUJA 2ª. —¡Un hombre y una mujer! Y entre los dos formaban, contra el odio, un solo corazón partido.

(Oscuridad y silencio. Después vuelve a iluminarse la explanada del ombú. El Coro de Hombres, asomado a la llanura donde amanece, y en foro derecho; el Coro de Mujeres en plano medio e izquierdo. Don Facundo Galván al pie del ombú y con expresión abstracta. No han cesado los toques de clarín ni los redobles de caballos en la lejanía).

HOMBRE 1º. —A las primeras luces dieron la carga.

HOMBRES. —¡Doscientos hombres o demonios, y una flor de caballos!

HOMBRE 1º. —El Capitán Rojas y sus doscientos blandengues parecían estar cortando trigo. Y los pampas ni atinaron a enderezar sus chuzas entre aquel aguacero de sables que les había caído encima. (*Un silencio*).

DON FACUNDO. (*Saliendo de su abstracción*). —¡Tolosa!

HOMBRE 1º. (*Se le acerca*). —Señor.

DON FACUNDO. —¿Cómo andan las cosas afuera?

HOMBRE 1º. —El grueso del batallón está sableando a los infieles en desbandada: se ven las polvaredas muy al sur, en la línea del desierto. El Capitán Rojas ha dicho que los perseguirá esta vez hasta más allá del Salado.

DON FACUNDO. —¿Y en el bajío?

HOMBRE 1º. —Sí. Han quedado allá unos treinta hombres: están juntando las caballadas. (*Clarines*).

DON FACUNDO. (*Inquieto*). —Y esos clarines, ¿por qué suenan ahora?

HOMBRE 1º. (*Entusiasmado*). —¡Señor, han ganado un combate!

(Se levanta el Coro de Mujeres).

MUJERES. —¡Las armas relucen al sol! ¡Y los hombres enloquecidos en sus potros!

MUJER 1ª. —La llanura es una guerra que no sabe dormir.

MUJERES. —Y nosotros que llorábamos ayer, deberíamos reír ahora. Porque se han alegrado las armas.

MUJER 1ª. —Sí, porque la furia del sur es ya una polvareda que se va tragando el horizonte.

MUJERES. —¡Y no podemos reír ahora!

MUJERES. —Antígona Vélez ya no podrá reír con nosotras en el alegrón de las armas.

MUJER 1ª. —Y Lisandro Galván no ha de volver ya del entrevero en un redomón que chorrea espuma.

(Un silencio. El clarín suena otra vez, pero ahora en un largo toque melancólico).

DON FACUNDO. (*Al Hombre 1º*). —¡Esos clarines! ¿Qué habrá pasado ahora?

HOMBRE 1º. —Tocan allá como a silencio.

DON FACUNDO. (*Al Coro de Hombres que sigue mirando la llanura*). —Hombres, ¿qué pasa fuera?

HOMBRES. —¡Los blandengues!

DON FACUNDO. —¿Qué andan haciendo en el bajo?

HOMBRES. —¡No se ve! La polvareda lo cubre todo, jinetes y caballada.

(El clarín se oye ahora más próximo, entre un redoblar de caballería que se acerca, pero al trote).

DON FACUNDO. —¡Ese toque a muerte, y en la mañana de hoy!

HOMBRE 1º. —Raro, sí. Ellos deberían tocar a triunfo.

HOMBRES. (*Oteando siempre la llanura*). —¡Ahora se ven! ¡Están subiendo la loma!

DON FACUNDO. —¿Los blandengues?

HOMBRES. —¡Ellos!

DON FACUNDO. —¡Abran la Puerta Grande! ¡Abran esa puerta!

(Dos hombres que se han destacado del grupo se dirigen a la izquierda y hacen mutis. Un silencio, durante el cual el Coro de Hombres recobra su posición y sitio habituales. Ambos coros vuelven sus rostros a la izquierda, como si temiesen algo de allí. Don Facundo, en primer plano y centro, baja la frente, como si presintiera. Cesó el trote de caballos: un toque de clarín suena todavía. Después entra por la izquierda el Sargento: lo siguen los dos hombres que habían salido y que se restituyen a su Coro).

SARGENTO. (*A Don Facundo*). —Buenos días, Galván.



DON FACUNDO. (*Lo mira de frente*). —Sargento, buenos días.

SARGENTO. (*Entre reservado y piadoso*). —Señor, le traigo dos muertos que levanté allá, en el bajío, y que son de «La Postrera».

MUJERES. —¡Antígona Vélez!

HOMBRES. —¡Lisandro Galván!

SARGENTO. —Estaban juntos, y como atravesados por una misma lanza.

(El Sargento hace una señal a la izquierda, y aparecen ocho soldados que traen, en dos angarillas rústicas, los cuerpos de Antígona y de Lisandro. Los blandengues ubican los cadáveres a la derecha y a la izquierda del ombú, tal cual estaba la pareja en el idilio del Cuadro Cuarto. Enseguida se cuadran ante los muertos y vuelven a salir formados. Don Facundo, inmutable, se descubre ante los cadáveres y los contempla largamente).

SARGENTO. —No podíamos creerlo. Estaban helados, como si toda una noche les hubiera corrido encima.

HOMBRE 1º. —¿Muy lastimados?

SARGENTO. —Una lanzada sola.

(El Coro de Mujeres se arrodilla frente a la pareja).

MUJER 1ª. —¡Antígona! ¡Hubiéramos querido traerte a la casa, pero vestida de novia y latiendo! ¡Montada en un alazán, a mediodía: en el mediodía que siempre te hablaba!

MUJERES. —¡En un alazán tostado! ¡No el de tu muerte!

(El Coro de Hombres habla de pie:).

HOMBRE 1º. —¡Lisandro Galván! ¡Hubiéramos deseado acompañarte la mañana de tu casamiento! ¡Y pechar tu caballo de novio, tu redomón oscuro lleno de platería!

HOMBRES. —¡No el de tu muerte! ¡No el de tu muerte acostada junto a una novia sin color!

(Un silencio).

DON FACUNDO. (*Arrancándose a su contemplación, dice a los Hombres:*) —Hombres, cavarán dos tumbas, aquí mismo, donde reposan ya. Si bien se mira, están casados.

MUJERES. —¿Casados?

DON FACUNDO. (*Doliente y a la vez altivo*). —Eso dije.

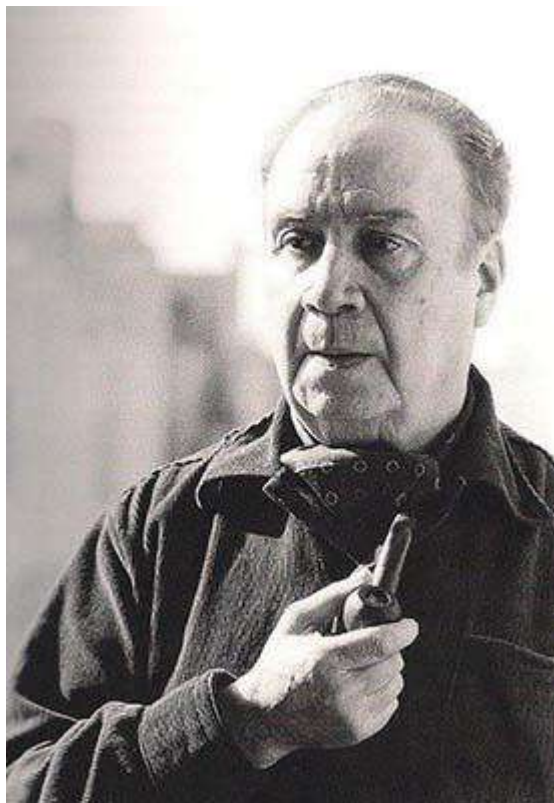
HOMBRE 1º. (*A Don Facundo*). —Señor, estos dos novios que ahora duermen aquí, no le darán nietos.

DON FACUNDO. —¡Me los darán!

HOMBRE 1º. —¿Cuáles?

DON FACUNDO. —Todos los hombres y mujeres que, algún día, cosecharán en esta pampa el fruto de tanta sangre.

TELÓN



LEOPOLDO MARECHAL (Buenos Aires, 11 de junio de 1900 - 26 de junio de 1970). Durante su niñez, todos los veranos viajaba a Maipú, en donde los amigos del lugar lo apodaron «Buenosaires» debido a ser el único niño que iba a esa zona, cada verano. Fue bibliotecario, maestro, profesor de enseñanza secundaria y en la década del 20 formó parte de la generación que se nucleó alrededor de la revista *Martín Fierro*. En la primera etapa de su vida literaria prevaleció la poesía. Publicó *Los aguiluchos* (1922) y *Días como flechas* (1926), inclinándose hacia el vanguardismo, pero en sus *Odas para el hombre y la mujer* (1929), afirma su voz propia y el equilibrio entre la novedad y lo clásico, libro con el que obtuvo el Primer Premio Municipal de Poesía.

En 1926 viajó por primera vez a Europa, donde trabó amistad con importantes intelectuales y pintores como Picasso, Héctor Basaldúa y Antonio Berni. En 1929, nuevamente en París, se estableció en Montparnasse y frecuentó a Aquiles Badi, Alfredo Bigatti, Horacio Butler, Juan del Prete, Raquel Forner, Víctor Pissarro y al escultor José Fioravanti, quien luego esculpiría el busto del poeta en bronce. A fines de 1929 vuelve a París, ciudad en la que inicia su novela fundacional *Adán Buenosayres*, que publicaría recién en 1948 luego de muchos años de elaboración.

El poeta se casó con María Zoraida Barreiro el 8 de enero de 1934, con quien tuvo dos hijas, María de los Ángeles y María Magdalena. La esposa del poeta falleció en 1947.

En 1940 obtuvo la más alta distinción que otorga su país, el Primer Premio Nacional de Poesía, con sus libros de poesía *Sonetos a Sophia* y *El centauro*.

La publicación de *Adán Buenosayres* en 1948, exceptuando el comentario elogioso de Julio Cortázar y algunas otras voces entusiastas, como las de los poetas Rafael Squirru y Fernando Demaría, a quienes dedicaría respectivamente la «Alegropeya» y la «Poética» de su *Heptamerón*, pasó en principio completamente inadvertida. Las cuestiones políticas no fueron ajenas a los motivos, considerando la abierta simpatía del escritor hacia el peronismo, en cuyo gobierno siguió trabajando en el campo de la educación y de la cultura. En *Adán Buenosayres*, el periplo simbólico que emprende el poeta Adán, protagonista, tres días antes de su muerte por la geografía urbana y arrabalera de un Buenos Aires metafísico, retratando en el camino a algunos reconocibles personajes de la literatura de entonces y tocando registros que van del humor a la epopeya con un lenguaje eximio y por momentos deslumbrante, calaría hondo en la sensibilidad argentina de las siguientes generaciones de escritores. Marechal, por su parte, declaraba: «Al escribir mi *Adán Buenosayres* no entendí salirme de la poesía. Desde muy temprano, y basándome en la Poética de Aristóteles, me pareció que todos los géneros literarios eran y deben ser géneros de la poesía, tanto en lo épico, lo dramático y lo lírico. Para mí, la clasificación aristotélica seguía vigente, y si el curso de los siglos había dado fin a ciertas especies literarias, no lo había hecho sin crear sucedáneos de las mismas. Entonces fue cuando me pareció que la novela, género relativamente moderno, no podía ser otra cosa que el sucedáneo legítimo de la antigua epopeya. Con tal intención escribí *Adán Buenosayres* y lo ajusté a las normas que Aristóteles ha dado al género épico». Como en *Ulises* de James Joyce, las claves pueden rastrearse hasta *La Odisea* de Homero y la doctrina judeocristiana (Marechal era un católico convencido), pero el séptimo libro, último y probablemente el más brillante de la novela, el «Viaje a la Oscura Ciudad de Cacodelphia», es ni más ni menos que una parodia del «Infierno» de *La Divina Comedia* de Dante Alighieri.

*Adán Buenosayres* es también una novela en clave. Detrás de los personajes principales se puede reconocer a escritores y miembros de la vanguardia porteña que el autor conoció en su juventud. Así, en la figura del astrólogo Shultze se advierten los rasgos de la personalidad del artista Xul Solar y en el filósofo Samuel Tesler, a Jacobo Fijman, poeta judío converso al catolicismo. Borges, quien fue amigo de Marechal en su juventud pero se alejó de él a causa del peronismo, es visible en el poeta cegato y aficionado al criollismo, Luis Pereda. El intelectual nacionalista Raúl Scalabrini Ortiz está retratado en el petiso Bernini y Victoria Ocampo aparece caricaturizada de forma cruel en el Infierno de la Lujuria en la figura de Titania.

A diferencia de otros grandes contemporáneos, como Jorge Luis Borges, Manuel Mujica Láinez, Julio Cortázar, Ernesto Sábato la fama de Marechal no ha brillado como debiera en el exterior, con la excepción

de Cuba, donde el poeta viajó en 1967 invitado por el gobierno cubano para ser jurado del premio anual de literatura que otorga la Casa de las Américas. En la Argentina misma, su obra fue relegada al olvido durante décadas, debido a ciertas enemistades gestadas por algunos compañeros de su generación, por haberse destacado en cargos oficiales —a los que llegó antes del peronismo— y donde permaneció hasta 1955. Sin embargo su *Adán Buenosayres* (1948) está considerada por muchos como la novela fundamental de la literatura argentina.

En 1951 se estrenó la obra teatral *Antígona Vélez* (basada en la *Antígona* de Sófocles). Por esa pieza teatral recibe el Primer Premio Nacional de Teatro. Escribió dos novelas más: *El banquete de Severo Arcángelo* (1965) y *Megafón, o la Guerra* (1970). Esta última estaba en la imprenta cuando Marechal falleció en 1970.

Las hijas del poeta crearon la Fundación Leopoldo Marechal que tiene como objetivo preservar y difundir la obra de los autores de la generación martinfierrista. El apellido Marechal es acentuado en la e pero el escritor dejó de usarlo hacia la década del 30. Puede verse claramente este tema en las dedicatorias de sus primeros libros. Cabe recordar que su abuelo Marechal era francés.

*Antígona Vélez* y *Don Juan* se han convertido, además, en óperas. En ambos casos, el libreto operístico es obra del poeta Javier Collazo. La música es creación del compositor Juan Carlos Zorzi. Ambas piezas se estrenaron, con gran éxito de crítica y público, en el famoso Teatro Colón (años 1991 y 1998 respectivamente) Hay una decena de obras de teatro inéditas recuperadas por sus hijas el 30 de septiembre de 2008.

## Notas

[1] **coscojos** : pequeña argolla en el eje del freno que el caballo mueve con su lengua produciendo un sonido muy especial. <<

[2] **chusma** : en las tribus pampas, denominación de los elementos humanos no aptos para la guerra, aunque prestaran servicios auxiliares (viejos, mujeres y niños). <<

[3] **blandengues** : cuerpo militar creado en 1752 por el gobernador del Río de la Plata, José de Andonaegui, para combatir a los Indios. Durante largo tiempo tuvieron a su cargo fortines en las fronteras. <<

[4] **alazanes** : caballo de pelaje rojizo. <<

[5] **overos** : pelaje de yeguarizo de color blanco con manchas de otro color. <<

[6] **moros** : caballos de pelaje apizarrado, de tonos negro y blanco, con preponderancia del negro. <<

[7] **cebrunos** : pelaje equino de color oscuro, con líneas transversales en los remos. <<

[8] **doradillo** : caballo de pelo colorado, o castaño claro, con visos dorados. <<

[9] **zaino** : caballo de pelaje entre colorado y oscuro, según la variedad. <<

[10] **lobuno** : caballo de pelaje parecido al del lobo, con hebras negras. <<

